

DISCURSO XII.

BONDAD.

Pertransiit benefaciendo et sanando omnes.
Ha ido haciendo beneficios por todas partes por donde ha pasado.

(Act. X, 38).

El orador más elocuente, llegado al último grado de perfección, no pudiera escoger un elogio más sublime que estas sencillas palabras, aplicadas al divino Maestro: Jesús Nazareno vivió haciendo beneficios y sanando á todos. En efecto, el carácter moral del Salvador del mundo es de una bondad tiernísima y conmovedora. Dice haber venido para salvar á los pecadores (1); llama á sí á los pequeños, imponiendo las manos sobre sus cabezas como en signo de bendición (2); manda que sean perdonados los pecadores cuantas veces se presenten arrepentidos (3); y donde quiera que vaya ilumina á los hombres, les sana, les consuela, queriendo reunirles en su regazo, para preservarles de todo mal, como una clueca reúne sus polluelos bajo sus alas (4). Amigo de todos, no rechaza á nadie: muchas veces previene por sí mismo la súplica de los desgraciados, con frecuencia concede las gracias, aún antes de pedirselas; y no hay hebreo, pagano, ni enemigo que implore en vano su asistencia. Como padre amoroso se compadece de los errores de sus hijos extraviados; como pastor solícito corre detrás de la oveja extraviada; como consolador fiel seca las lágrimas de los afligidos; es tan paciente y manso que sus mismos milagros parecen más bien manifestaciones de su bondad que de su omnipotencia.

(1) MATTH. IX, 13.

(2) MATTH. XIX, 14.

(3) MATTH. XVIII, 22.

(4) MATTH. XXIII, 37.

Después de la bondad de Jesús es digna de admiración la bondad de María. Poseyendo un corazón como de oro purísimo, que toma la forma que le quiera dar la mano del artista, y crecida en gracia y en amor como cándido lirio, que crece en hermosura en la margen de cristalina fuente y bajo los benéficos rayos del sol, fué buena, cual convenía serlo la Madre de Aquel, que debía ser el Príncipe de la paz. Por eso creo de mi deber hablaros hoy de Ella. Después de haberos indicado de paso algunas cosas relativas á la bondad, os la ofreceré en María. Prestadme, pues, atención vosotros, que ardeis en vivísimo celo por las glorias de su culto, y que tomáis tan á pecho su devoción. La Virgen, que tomamos por modelo, y cuyo nombre es en nuestros labios dulce como la miel, agradable á nuestros oídos como melódica armonía, y risueño en nuestras almas como eco festivo, nos habla con su ejemplo: oigamos para entregarnos luego á la saludable obra de imitarla. Saludémosla ántes con el Ángel: A. M.

La verdadera bondad es más rara de lo que se cree, por lo mismo que no puede darse bondad verdadera sin religión; y son muy contados los fieles que la observan entre los mismos que se llaman y se creen riquísimos en bondad. Que no puede existir verdadera bondad sin religión, lo manifiestan dos razones, la primera de las cuales es, que los deberes propios de la bondad pueden fundarse solamente sobre la religión, regla cierta y principio seguro de sincera virtud; y la segunda, que solamente por los medios que la religión propone, se hace posible vencer victoriosamente ciertos peligros á que está expuesta la bondad, mayormente para los hombres que viven entre los halagos del siglo.

Por lo que mira á la primera razón, ó sea, que los deberes propios de la bondad pueden fundarse solamente sobre la religión, no quiero con esto decir, que sean perversas todas las obras de los infieles. Sé y confieso, que aún aquellos que no temen á Dios, hacen, á veces, algunas buenas y bellas acciones. Pero eso tampoco significa, que tengan los principios para ser sinceramente buenos, en todo tiempo, á toda costa, con propósito constante, y por convicción íntima; puesto que quitada la religión, su bondad no podría fundarse sobre otros principios que los juicios del mundo, ó de la conciencia individual y del libre albedrío. No se necesita mucha penetración para comprender, que estos principios son de suyo vagos é indeterminados, y la historia y la experiencia nos enseñan, que jamás han sido suficientes para mantener al hombre en una inalterable rectitud.

Respecto de la segunda razon expresada, ó sea, que solamente con los medios que la religion nos ofrece se pueden salvar victoriosamente ciertos peligros en que se encuentra la bondad, concedo que ésta puede conservarse cuando no se ve combatida por intereses contrarios. Cuando nada cuesta el ser bueno, cuando para obrar el bien no se han de arriesgar las propias comodidades, cuando nada se pierde en abrazar manifiestamente el partido de la verdad, y cuando para declararse virtuoso no son necesarios esfuerzos ni sacrificios, no es difícil que la bondad se sostenga, aún independientemente de las reflexiones de la religion. Pero en la vida sucede lo contrario; con frecuencia surgen conflictos entre la equidad y la fortuna: ora á fuerza de injusticias se logran las aclamaciones de los contemporáneos; ora cerrando un contrato ventajoso, aunque inícuo, estamos seguros de no ser descubiertos; ora entregándose á una vergonzosa pasion no hay que temer funestas consecuencias. En tales casos, sin el escudo de la religion ¿qué obstáculo se ofrecerá tan poderoso que se oponga á las tentaciones? ¡Ah! si á pesar de la doctrina de la religion, de un Dios que manda, de un Paraiso reservado á los justos, y de un Infierno que aguarda á los culpables, no siempre el hombre, en los expresados casos, se mantiene unido á la bondad, imaginad si se mantendrá en ella obrando solamente en virtud de motivos naturales, de los cuales nada tendria que esperar ni temer.

Sentado, pues, que sin religion no puede existir verdadera bondad, permitidme preguntar, si son muchos los adoradores de la religion entre aquellos que elevan al Cielo la bondad y se glorian de ser sus discípulos. No, por desgracia; observo más bien que al paso que se hacen ampulosos panegíricos á la bondad, la religion es descuidada, profanada ó perseguida. Observo esto en aquellos, que reputan una puerilidad conocer y adorar á Dios, desterrándole del propio corazon (1); en aquellos, que rehusan creer los dogmas de la fé, y venerar las máximas del Evangelio; en aquellos, que no frecuentan los sacramentos, ó que recibiendo los sacrilegamente, llevan la injuria hasta el punto de gritar, como los Gerasenos, contra el divino Maestro, que nada quieren saber de su santa doctrina (2). Tampoco atienden los dictámenes de la religion aquellos, que, al pasó que se escandalizan por la suspension de alguna inútil ceremonia, quebrantan los graves preceptos de juzgar rectamente y segun

(1) JOB. XXI, 14.

(2) MAR. V, 17.

justicia, de mantener la palabra empeñada, de ser misericordiosos, y que si no son tramposos ni asesinos, alimentan en el ánimo el veneno del odio, el orin de la envidia, y el fuego de la incontinenencia. Dice el Apóstol Santiago: «Si alguno se precia de ser religioso, sin refrenar su lengua, vive en gravísimo engaño y es vana su religion (1). Aplicando esta misma sentencia á todos los vicios, puedo añadir, que es igualmente vana la religion de aquellos, que maceran la carne con ayunos y se humillan en el polvo y en el cilicio, siempre que no repriman su malvada concupiscencia, ya que de nada sirve acercarse á Dios con las prácticas exteriores del culto, si el corazon corre miserablemente extraviado detrás de viles criaturas. Pero ¿qué necesidad hay de insistir tanto sobre el particular? Vosotros mismos, que sabeis las conversaciones que se tienen hoy día en el hogar doméstico, las blasfemias que se vomitan en los lugares públicos, la gula que impera en los banquetes, la indecencia que domina en las modas, las lúbricas novelas que se leen, los escandalosos espectáculos que se aplauden, las transgresiones que se cometen en la educacion de la juventud, en los deberes del matrimonio, en la concordia de las familias, en los lazos de la amistad y en la armonía de la sociedad, vosotros mismos debeis concluir, que cuantos obren de esta suerte carecen de religion.

Ahora queda ya bastante aclarada la primera parte de mi discurso; puesto que de las dos proposiciones que llevo demostradas hasta aquí, esto es, que sin religion no hay verdadera bondad, y que entre aquellos que se glorian de seguir la verdadera bondad, son poquísimos los observantes de la religion, se deduce por rigor de términos lo que llevo dicho desde el principio, ó sea, que la verdadera bondad es más rara de lo que se cree.

Sin embargo, no hay siglo que haya celebrado la bondad tanto como el nuestro. Oyense en nuestros días pomposas arengas en alabanza de la liberalidad y de la filantropía, calurosas invectivas contra el lujo de los grandes y la avaricia de los poderosos, patéticas peroratas á favor de las clases menesterosas y de las necesidades de los obreros. ¿Qué protesta fué jamás tan universal como la que se repite de cualquiera que sea, que es un hombre de bien, un hombre honrado? ¿Cuándo con más bellas palabras, con más tiernos idilios y con himnos más armoniosos en los libros, en las revistas, en los teatros y en las academias, se ha hecho aplauso de la que se ha dado en

(1) JAC. I, 26.

llamar probidad natural? Tarea difícil sería repetir aquí todos los homenajes que se la tributan, y recordar de cuantos modos y por cuantos medios quisieran erigirsele altares, tributándola veneración y culto. Así pues, ¿cómo conciliar lo que aseguramos nosotros con lo que confiesan los demás? ¿Cómo puede ser verdad que la bondad sea rara entre los hombres y al mismo tiempo frecuente? Se haría muy difícil la resolución de este problema, si no se distinguiese una cosa de otra. Y por cierto, que no nos referimos á una bondad cualquiera, sino á la verdadera bondad; y la bondad que es rara entre los hombres, no es una bondad cualquiera, sino la verdadera bondad.

En efecto, hermanos míos, si deseais saber en que concepto debe tenerse la celebrada bondad moderna de los hijos del siglo, quitada la corteza exterior, la nitida elegancia, lo hinchado de la frase y la galantería de flexibles inclinaciones en que se cobija, vereis lo que ella es ordinariamente. Es hipocresía, mediante la cual se ostentan las semejanzas de una virtud que no radica en el corazón, añadiéndose al daño interior el exterior con la simulación. Es doblez, por cuyo medio todo se reduce á cábala y disfraz; caricias en la apariencia y bofetones en realidad; abrazos exteriores y amarga hiel en el corazón; palabras tiernas, suaves y dulces como el óleo, y á escondidas flechazos y heridas que terminan por matar (1). Es maliciosa deslealtad, ocupada en mentir sentimientos virtuosos, á fin de conseguir fines ménos nobles, como si la virtud fuese tan trivial, que pudiera servir de escabel para subir y de instrumento para las pasiones humanas. Es egoísmo, que con el compás en la mano conduce siempre las mismas cortesías exteriores, las mismas delicadas maneras y las mismas sociales conveniencias al centro del propio personal interés. Será todo lo que querais, pero no es ciertamente tal, que pueda merecer el dictado y la gloria de la bondad verdadera.

Verdadera bondad fué la de María. Concebida, nacida y crecida bajo las alas de Dios, consagrándosele con oblación perfecta, como quien dice al salir de la cuna, y amándole más que los serafines, solo vivió de santos afectos. La gracia dirigió todos sus pasos, la santidad la indujo á sacrificar todas las potencias del alma al agrado del Señor, y toda humana lengua sería incapaz de expresar los celestiales rayos que iluminaron su entendimiento. Llena siempre de profundísima reverencia para con las infinitas perfecciones de su Amado,

(1) PSALM. LIV, 22.

con la mente siempre fija en la consideración de su grandeza, con el corazón constantemente lleno de gratitud por los beneficios recibidos, viéndole en todo, se animaba en complacerle en todas las cosas. No le bastó haber venido al mundo libre de pecado, privilegio que la hizo tan acepta al Señor; quiso hacerse más grata por un culto espontáneo, dedicándose al servicio divino con diligente atención. ¡Oh! si hubiéramos tenido la dicha de presenciar una sola de sus acciones, si hubiéramos podido ver como todo era sencillo, muy ordenado y devoto en aquella vida de verdadero amor y de perfecta caridad, sin necesidad de nada más, nos hubiéramos unido á los ángeles, los cuales, invisibles testigos de tantas maravillas, contemplándola, se volvían abrasados de nuevos ardores á entonar sus cánticos ante el trono del Altísimo. Entónces nos veríamos inducidos á reconocer en la bondad de María una bondad verdadera, ya que siendo enteramente religiosa, reflejaba en sí la bondad misma de Dios.

Además de que, la bondad de María se vió libre de cuanto pudiera ofenderla. Es verdad que no faltaron almas, que practicáran esta bellísima virtud, aunque no en igual grado; pero sabemos también, que combatidas por el mundo, demonio y carne, arrastradas por el brillo de la tentación, faltaron á sus propósitos. Así David, por ejemplo, es bueno, cuando descubriendo en una gruta á Saul, su más implacable enemigo, solo é indefenso, ántes que matarle, desenvainada la espada, corta un pedazo de su vestido para mostrarle que podía cortar el hilo de su existencia; pero es malo, cuando llevado por el ímpetu de ardiente pasión mancha el honor de Betsabé y decreta la muerte de Urias. Esto no sucedió, ni podía suceder á María. Augusta triunfadora de la antigua serpiente, vencedora del humano linaje degenerado en Adán, lejos del tumulto del siglo, preservada del hálito de la más lijera imperfección, no tuvo que temer obstáculos ni peligros; su bondad fué verdadera, y verdadera fué con inmutable constancia.

Por consiguiente, María se mostró buena con todos. Buena con sus padres, pues, con su precóz fervor, con la sabiduría de sus palabras, con su modestia, con su obediencia filial en sus más tiernos años, en los cuales los demás niños tienen apenas una existencia física, hizo sus delicias. Buena con las doncellas del Templo, donde se retiró apenas cumplidos los tres años; y éstas, lo mismo en la oración, como cuando estaba ocupada en quehaceres femeniles, la vieron recta, afable y compasiva, sin mancharse jamás con una mentira, sin encolerizarse, sin ofender ni mofarse de persona alguna, la más exacta

en el cumplimiento de la ley y la más profunda en humildad. Buena con los sacerdotes, que asistían á las ceremonias del culto, quienes maravillándose de que no pensase en dejarse ver con ser tan bella, en adornarse con ser tan jóven, en llevar pompa siendo tan noble, ni en enriquecerse siendo tan pobre, se maravillaban muchísimo más de la atención con que recibía sus enseñanzas y de la prontitud con que cumplía la menor de sus indicaciones. Buena con José, y presurosa en servirle con los obsequios de una tierna hija, cuando este varon de sencillas costumbres y de patriarcal aspecto, cansado de las fatigas del día, al anochecer le presentaba el agua para las abluciones de ántes de la cena. Cuya bondad en vez de circunscribirse á una fórmula de simple cortesía, como acontece entre nosotros, es la expresion de la más expansiva y cordial benevolencia.

Buena con todos, la bondad de Maria jamás disminuyó en medio de sus adversidades. Elegida por Madre de Aquel, que, naciendo de Ella, nacía para la cruz, sufrió indeciblemente. El decreto del Altísimo establecía que fuese reservada para el dolor, y para ello era menester, que desde los primeros años de su infancia empezase á seguir esta dolorosa vocacion. Entrando en el Templo, aunque resignada á la voluntad de Dios, recordaba, no sin conmoverse, las últimas palabras que la dirigiera su afectuosísima madre, y las lágrimas que bañáran los ojos de su anciano padre, cuando levantó al Cielo sus manos temblorosas para bendecirla. Morando en el Templo, arrebatóle la muerte á aquel que su corazon tenía de más caro en el mundo: pobre huérfana, pensaba que no vería ya más á aquella Ana, que tantas noches veló sobre su cuna, ni á Joaquin su padre, que tantas veces la estrechára amoroso contra su corazon. Al salir del Templo, sintió ofrecérsele delante aquellas penas que, crueles desde el instante en que concibió al Salvador del mundo en sus purísimas entrañas, fueron cruelísimas al llegar el tiempo en que su Hijo, tan amable y tan amado, cayó víctima de la injusticia y del furor. Sin embargo, no vacila, no se queja, no habla, ni se nota en aquel rostro digno y santo la menor expresion de tedio ó de impaciencia. Por más que el dolor le desgarré en todos sentidos las entrañas, imitando anticipadamente á aquel Jesús, que debía callar y enmudecer en medio de los más crueles martirios, no profiere palabra, y sufre toda crueldad sin guardar el menor resentimiento á nadie. Mientras que por dentro y por fuera de su espíritu se amontona, se oscurece y se precipita la tormenta, la aflige en todos sentidos y la bate horriblemente, no se debilita ni poco ni mucho su bondad. Ahora decidme,

hermanos míos, si ha habido jamás una bondad tan longánima y paciente, ó si cualquiera otra bondad puede parangonarse con la de Maria.

La verdadera bondad, lo he dicho ya, consiste en los hechos, no en las palabras. Las palabras son recomendables cuando se unen á los hechos, de lo contrario, lo he tambien indicado, son hipocresía y mentira. Para evitar esta desventura sirve de mucho la religion de Jesucristo, la cual, exhortándonos á ser buenos, nos exhorta á serlo teórica y prácticamente. Por esta razon, jamás he podido comprender la manifiesta contradiccion en que incurren aquellos, los cuales, mientras que quisieran extendida la bondad, impugnan el Catolicismo; y digo *manifiesta contradiccion*, porque la misma diaria experiencia demuestra, que donde se carece de religion, falta la verdadera bondad, y que la verdadera bondad no falta donde impera la verdadera religion. Hasta los mismos paganos admiraron en antiguos tiempos á los cristianos; y por más que les molestasen, que les gravasen en todos sentidos, y les persiguiesen sin tregua ni descanso, les encontraban libres de toda culpa; y soldados, siervos, artésanos ó ricos, siempre buenos en la próspera y en la adversa fortuna. De lo cual podían deducir facilmente, que, siendo aquellos cristianos buenos, por ser religiosos, la verdadera bondad debía ser promovida y alimentada por la religion verdadera. Lo propio que los paganos de la antigüedad, piensan los incrédulos de nuestros días, quienes si tuviesen que contratar con alguno, tomar un criado ó confiar un hijo á cualquier maestro, escogerían uno, que fuere bueno, siendo fiel á Dios, más bien que otro que no tuviese conciencia ni creyese en Dios.

Siendo así, hermanos míos, procuremos ser verdaderamente religiosos á fin de ser verdaderamente buenos. Para ser verdaderamente buenos durante nuestra peregrinacion, será necesario refrenar pasiones indómitas, apagar ardientes deseos, sostener cargas enojosas, pisotear alguna vez el amor propio, y oponerse, de vez en cuando, á las inclinaciones más naturales. En medio de estos peligros, en los cuales es fácil que sucumba nuestra debilidad, tan solo la religion, con sus poderosos motivos, podrá hacer que no mengüe ni se extinga nuestra bondad. Además, haciendo de la religion el sólido fundamento de nuestra bondad, imitaremos á Maria, y de este modo nos asistirá siempre con su proteccion maternal. No dudemos de ello, carísimos hermanos, viéndonos fieles en seguir sus ejemplos, se comoverán sus entrañas, su corazon se derramará sobre nosotros, sus oídos atenderán nuestras súplicas, y sus manos estarán prontas á con-

cedernos sus beneficios. Pidámosla que nos socorra en todos los sucesos y en todos los peligros de la vida; supliquémosla que vele sobre nosotros en todas nuestras acciones y en todos nuestros accidentes; roguémosla que nos proteja contra las asechanzas de nuestros espirituales enemigos; digámosla que en el tiempo de nuestra última enfermedad, en la hora de nuestra muerte, y en los momentos de nuestra agonía, nos cubra con el manto de su poderosísimo patrocinio. Magnánima y piadosa, la bienaventurada Virgen nos concederá también las gracias concedidas á los Santos que nos precedieron, las gracias que está dispuesta á conceder á cuantos nos siguieren, las gracias que con plena confianza pueden esperarse siempre de su material bondad.

DISCURSO XIII.

MISERICORDIA.

Estote misericordes, sicut et Pater vester misericors est.

Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso. (Luc. VI, 36).

Entre las infinitas perfecciones de Dios una hay, que brilla para nosotros más luminosa sobre su frente, y ésta es su misericordia. Su omnipotencia nos aniquila, su sabiduría nos deslumbra, su justicia nos espanta, su eternidad nos confunde; pero su misericordia abre nuestros corazones á la esperanza, impeliéndonos, pecadores como somos, á arrojarnos arrepentidos entre sus brazos, y cuando justos, á continuar observando sus divinos preceptos. ¡Oh! si para explicaros su grandeza pudiese con mis palabras elevaros hasta la fuente viva de los divinos afectos, poner de manifiesto el corazón del Señor, é introducir por un momento en aquel abismo infinito de caridad; ¿cuál no sería, carísimos hermanos, vuestra admiración, y en qué éxtasis de confianza y de amor no os sentiríais deliciosamente arrobados? Ni recordándoos las culpas cometidas, y aún pensando que fristeis manchados en los primeros años, y encenegados en los vicios, tendríais que temer que no sucediera esto con vosotros. También para vosotros está reservada la paz de los escogidos, con tal que deseéis gozar verdaderamente de ella; también para vosotros están preparadas las gracias de la misericordia, con tal que corraís á refugiaros en su piadoso corazón. Todos serán acogidos, nadie quedará excluido, para todos hay perdón y salud.

Si con enormes ingratitudes hemos provocado la divina justicia, no nos atrevemos á presentarnos á la divina misericordia, para ser por ella favorablemente acogidos, se nos ofrece otra: la misericordia de la Virgen